

J. J. BUSTOS TOVAR Y R. CANO AGUILAR (eds.), *La obra de Lapesa desde la Filología actual*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid: 2009, 535 págs.

Los días 11, 12 y 13 de junio de 2008 la Universidad Complutense de Madrid acogía con orgullo el sentido homenaje que los discípulos rendían a quien, durante años, había sido su ilustre maestro: Rafael Lapesa. Con motivo del centenario de su nacimiento, la Asociación de Historia de la Lengua Española (de la que fue el primer Presidente) y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, en colaboración con el Instituto Cervantes, la Fundación Menéndez Pidal y la antedicha Universidad, organizaron el Congreso Internacional *La obra de Lapesa desde la filología actual*, a lo largo de cuyas jornadas trató de redescubrirse al gran humanista a través de avances filológicos ulteriores en los que todavía permanece latente su huella.

Apenas un año después, el coloquio en torno a la obra de Lapesa cobra forma física en una cuidada edición, del mismo título, a cargo de José Jesús de Bustos Tovar y Rafael Cano Aguilar, donde se recopilan los textos de las ponencias y mesas redondas, estructurados en diferentes secciones de acuerdo con la disposición de las sesiones del Congreso.

No es el primer homenaje que se hace al hispanista ni probablemente será el último. Sin embargo, aunque, como compete, la obra posee un sentido laudatorio, este no es su único cometido, lo que otorga a los distintos artículos un añadido interés científico. No se ha tratado sólo de ensalzar la figura de Rafael Lapesa, lo cual sería redundar en lo consabido, sino que se ha mostrado y demostrado la excelsa calidad y atino de sus trabajos, cuyas ideas siguen siendo la luz que ilumina el camino de los estudios gestados *a posteriori*.

A lo largo de las 535 páginas de que consta el volumen, el lector efectúa un recorrido por la trayectoria profesional y vital de Rafael Lapesa, rescatada de los vestigios de su obra que se conservan en la filología actual y los recuerdos de quienes, directa o indirectamente, tuvieron la honra de recibir su magisterio. Se desentraña, pues, no sólo la figura del filólogo y maestro, sino inevitablemente también la del hombre, el siempre tan “humano maestro de humanidades” que elogiaba Dámaso Alonso.

Tras una breve presentación, a cargo de los editores, en la que se perfila con sintéticos apuntes la gran personalidad homenajeada, los distintos apartados se van trabando mediante sucintas introducciones donde se justifica la pertinencia de cada uno de ellos en una obra de tales características.

Muchos son los campos de la filología que exploró Rafael Lapesa e indiscutiblemente fecundas las ideas y consideraciones que logró extraer de todos ellos. Un filólogo con un extraordinario sentido de la interdisciplinariedad que trató de ahondar en cuantas parcelas del saber humanís-

tico le fue posible. Así, la obra que nos ocupa, contiene siete amplios bloques, organizados en relación a la diversidad de la producción lapesia y la magnitud de la labor filológica por él desempeñada.

La primera sección, “Rafael Lapesa: el hombre, la obra, la época”, sin duda la más emotiva, recoge las comunicaciones de algunos de sus más allegados alumnos: Jesús Antonio Cid, Francisco Javier Herrero Ruiz de Loizaga y Manuel Seco; y otros que, aunque no tuvieron el privilegio de serlo, como es el caso de Ana Valenciano López de Andújar y M<sup>a</sup> Antonia Martín Zorraquino, sí lo sintieron, en palabras de la última, “maestro señor”.

Apelando a la memoria, cada uno de ellos trata de evocar sus experiencias como discípulos, aprendices, compañeros y, al fin y al cabo, apreciados colegas del maestro Lapesa. Retratan a un hombre metódico y minucioso, dedicado plenamente a la profesión en su doble faceta: la de humanista y filólogo, entregado a sus investigaciones y estudios sobre distintos aspectos de la lengua española, y la de maestro y transmisor de conocimiento, interesado y comprometido con los trabajos y primeros pasos de sus noveles aprendices. Su gran generosidad como “dador de sabiduría”, así como la humilde voluntad de recepción de toda la que a él pudiera ser transmitida, son las cualidades unánimemente más resaltadas del filólogo, cuyo atareado día a día no le impedía encontrar un hueco para atender las necesidades de sus estudiantes.

Las secciones sucesivas, de carácter más científico, tratan de repasar la producción de Rafael Lapesa a lo largo de su vida profesional. En el bloque “Fonética y fonología diacrónicas”, Manuel Ariza y Antonio Salvador Plans dan noticia de las principales aportaciones lapesianas al panorama de la filología de la época, en cuanto a la fonética histórica medieval y las grafías y cambios fonológicos en el Siglo de Oro, y justifican, con palmarios ejemplos, la pervivencia de sus teorías en la actualidad. Se retrocede a un joven Lapesa, becario del Centro de Estudios Históricos y doctorando de don Ramón Menéndez Pidal, cuyo método de trabajo y postulados defendidos en su tesis *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media* (que no vio publicada hasta 1998) son fieles a aquellos empleados por su mentor. Sin embargo, existe un aire de renovación aplicado a los estudios pidalianos, una relación de continuidad e innovación que, sin duda, supone una evolución en los estudios filológicos. Tenía Lapesa, además, como principio, la constante actualización bibliográfica, lo que le permitía conjugar los conocimientos extraídos de sus lecturas con aquellos transmitidos por su maestro, creando y forjando, así, unos métodos y fundamentos propios. Esta es, como más adelante sugiere Álvarez de Miranda, una de las grandes lecciones que Rafael Lapesa nos ha dejado a toda la comunidad de humanistas.

La tercera parte del volumen, “Sintaxis histórica”, corre a cargo de Concepción Company Company, Rolf Eberenz, José M<sup>a</sup> García Martín,

José Luis Girón Alconchel, Antonio Narbona Jiménez y Emilio Ridruejo, quienes se ocupan de la que, quizá, sea una de las partes más prolíficas de la obra del homenajeado. Dada tal magnitud, los ponentes se centran en aspectos muy concretos de la misma, tales como la sintaxis histórica nominal, el futuro de subjuntivo, la función de objeto de la oración simple, artículos y demostrativos, la subordinación oracional y la pragmática.

A grandes rasgos, se destaca la actitud científicamente estructuralista de Lapesa, patente en el análisis de los diferentes niveles de la lengua y las explicaciones multicausales de los mismos. Consciente del cambio lingüístico, especialmente, sintáctico, siempre tuvo presente en sus estudios la diacronía y cronología de los fenómenos gramaticales. En este sentido, los trabajos de Lapesa proporcionan datos y referencias que no habían sido tratados anteriormente, además de una nueva perspectiva de análisis. También fue uno de los precursores de la teoría de la gramaticalización, avanzando hipótesis que serían refrendadas años más tarde por otros expertos en la materia. Algo similar a lo que le ocurre, junto a otros consagrados lingüistas como Bally, Jakobson o Benveniste, en relación a sus iniciáticas teorías sobre la pragmática lingüística.

Fue también objeto de dedicación constante para el humanista el estudio del léxico y la semántica desde su ingreso en el Centro de Estudios Históricos, donde se iniciaba con el vocabulario de *Orígenes del español*, hasta su entrega al Diccionario Histórico como director del Seminario de Lexicografía de la Real Academia. De hecho, y a modo de curiosidad, el primer artículo que publicó fue, precisamente, de tema léxico. En la sección “Lexicografía, Lexicología y Semántica” se esboza, a través de las aportaciones de Manuel Alvar Ezquerro, Pedro Álvarez de Miranda, Francisco de Bustos Tovar, Mar Garachana Camarero y Milagro Laín, la distinguida faceta de lexicógrafo del que fue, según él mismo declaró en una ocasión y como traía al recuerdo Francisco Javier Herrero, “el último superviviente activo de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos” (1988: 397).

Lapesa se dedicó fundamentalmente a la lexicografía y la historia del léxico y la semántica. Con grandes dotes científicas de lexicógrafo y la humildad intelectual que le caracterizaba, ejercía una constante labor de confrontación de las fuentes con el fin de alcanzar siempre la mayor exactitud. Su gran aportación al estudio de esta disciplina sigue actualmente vigente e, incluso, algunas de sus ideas han desembocado en las teorías de la *Construction Grammar*. A ello se debe, en gran parte, aquella pretensión de continuación y renovación de los métodos de Menéndez Pidal, que llevan al discípulo a arrojar luz sobre algunos de los aspectos esbozados por su maestro.

Aunque esta cuestión no será tratada en profundidad hasta la sexta sección, es necesario, y así se hace, poner de relieve su admirable interés y

enorme labor desempeñada en el campo de los americanismos y el español de América.

Cierra esta serie un artículo de contenido un tanto desligado de los anteriores, pero de un espléndido interés y que resulta ciertamente entrañable. Se trata de la recopilación de una serie de epístolas intercambiadas entre Rafael Lapesa y aquel al que consideraba su segundo maestro, Américo Castro, las cuales contienen importantes reflexiones sobre determinado material léxico (arabismos, italianismos, etc.) y, asimismo, dan noticia de algún proyecto lexicográfico frustrado, lamentablemente para don Rafael y para toda la comunidad de filólogos que de él podríamos habernos beneficiado.

El siguiente capítulo, "Estudios literarios y de estilística" altera, en cierta medida, la línea de investigación en lingüística llevada a cabo por nuestro homenajeado. No obstante, y como se ha recalcado repetidamente a lo largo del Congreso, el humanista ha de formarse y cultivarse en las distintas ramas del saber para obtener mayor productividad de sus investigaciones. Ese afán por el conocimiento multidisciplinar, junto con un profundo sentir literario, llevan a Lapesa a explorar el campo de la literatura y la estilística, alcanzando en este terreno el mayor número de aportaciones a su producción bibliográfica, que abarcan, además, todas las épocas literarias. De las pertinentes consideraciones sobre sus estudios de los textos literarios, edición y crítica textual se ocupan Andrés Amorós, José Jesús de Bustos Tovar, Francisco A. Marcos Marín y Ramón Santiago.

Dos son los aspectos comúnmente más enfatizados de las aportaciones lapesianas al ámbito del estudio literario: en primer lugar, la confluencia de rasgos lingüísticos, históricos y literarios y su correspondiente interpretación en el análisis filológico de textos; y, en segundo lugar, su detallismo, minuciosidad, pulcritud y, sobre todo, búsqueda de exactitud que se traducen en un método de edición que persigue la fidelidad al texto, el texto "crítico". En efecto, nos hallamos nuevamente ante una máxima pidaliana a la que es fiel Rafael Lapesa: la mencionada concepción "integralista" en la formación del filólogo.

Como anticipaba párrafos atrás, el sexto bloque de la obra versa sobre "El español de América". Humberto López Morales, José G. Moreno de Alba, Wulf Oesterreicher y José Luis Rivarola, ponentes de esta sección, analizan algunos aspectos fundamentales de la labor de Lapesa en esta área: la unidad del sistema lingüístico del español peninsular y americano, los orígenes del español de América y su visión no eurocéntrica del mismo, así como la significativa función realizada en la Asociación de Academias de la Lengua.

Siempre preocupó considerablemente al homenajeado aquello que de común había dentro del conjunto del dominio lingüístico del español, y trabajó de forma efectiva para desvelarlo. Desde su elección en 1950 al

sillón k de la Real Academia Española, comenzaron a desencadenarse una serie de actuaciones inusuales por parte de todas las Academias de la Lengua Española, en las que surgía un impetuoso interés por consensuar cooperativamente algunos aspectos del idioma, lo cual se llevó a cabo en base a muchas de las ideas de Lapesa de las que, quizá, la más tangible sea la creación de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que continúa manteniendo, a día de hoy, la norma común del español.

No obstante, y aunque se conciba el español como una lengua unitaria, se reconocen en ella todas sus variedades, a saber, diafásicas, diastráticas y, en este caso, diatópicas. Las distintas variantes del español americano (chileno, mexicano, antillano, etc.) y el peninsular (castellano, andaluz, etc.) se imponen como variedades diatópicas de una misma lengua en base a un fondo común “mucho más poderoso que los particularismos.” (Lapesa, 1966). Esta concepción de unidad y variación en el español de uno y otro lado del Atlántico es, en la actualidad, algo aceptado mayoritariamente por los expertos en la materia.

Clausuran el ciclo de sesiones Rafael Cano Aguilar, M<sup>a</sup> Teresa Echenique Elizondo y Hans-Martin Gauger, bajo el lema “Historia de la lengua”, donde tratan cuestiones en torno a la obra capital (del mismo título) del filólogo: su concepción, realización y proyección en la reconstrucción de los orígenes del español.

Esta gran empresa en la que se embarcó don Rafael comenzó tímidamente a través de lo que él denominaba “manualito”: una cartilla para enseñar historia de la lengua a los soldados republicanos, cuya excelsa calidad acabó convirtiéndola en una socorrida referencia para bachilleres y alumnos de primeros años de licenciatura. Tanto este material como el que fue compilando progresivamente dio lugar a una obra maestra que sigue viva a día de hoy: la *Historia de la lengua española*. Una vez más, la lengua y la cultura permanecen íntimamente ligadas como agentes de la evolución del idioma, dado que, como bien recuerda Cano Aguilar, parafraseando a Vârvaro (1972-1973), la historia de una lengua no es sino el reflejo del espíritu de sus hablantes; no evoluciona sólo la lengua, también lo hace la comunidad.

La calidad de tan enjundiosa obra es innegable para cualquier usuario de la misma no sólo por las acertadas descripciones y explicaciones de los fenómenos lingüísticos, sino también por la aportación de textos que las ilustran y documentan. Así, puede afirmarse que también fue un precursor de lo que hoy en día conocemos como Lingüística de Corpus.

En definitiva, don Rafael Lapesa fue precursor de muchas ideas en los distintos ámbitos del saber humanístico. Fiel a Menéndez Pidal, ha sabido tomar como base sus postulados avanzando y evolucionando en hipótesis y métodos e, indudablemente, ha influido en sus discípulos del mismo modo que su maestro lo hizo en él. A través de ellos, y de muchos otros

que se acercan a su obra como referencia o como punto de partida de sus estudios, podemos estar seguros de que la obra de quien ha sido maestro directo o indirecto de todos nosotros sigue vigente en la Filología actual. Quizá no todas sus teorías sean universalmente aceptadas y no todas sus hipótesis hayan podido verificarse, pero es innegable el hecho de que Lapesa ha allanado el camino en el que sus herederos intelectuales seguimos trabajando, lo que nos permite hacer considerables progresos en aquello que él había iniciado. Esta es la prueba más fehaciente y palpable de la permanencia y vigor de la obra lapesiana.

## BIBLIOGRAFÍA

- LAPESA, RAFAEL (1966): “América y la unidad de la lengua española”, *Revista de Occidente*, 12, 300-310.
- (1988): “Cómo enseñaba a trabajar don Ramón: Sus obras y materiales inéditos”, *Boletín de la Real Academia Española*, LXVIII, 397-402.
- VÀRVARO, ALBERTO (1972/1973): “Storia della lingua: passato e prospettive di una categoría controversa”, *Romance Philology*, XXVI, 1/3, 16-51/509-531.

NOELIA ESTÉVEZ RIONEGRO

MARTA FERNÁNDEZ ALCAIDE (2009): *Cartas de particulares en Indias del siglo XVI. Edición y estudio discursivo*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main.

Cuando nos preguntamos por la lengua en el pasado –y por sus evoluciones– estamos obligados a trabajar con discursos que constituyen una parcela mínima de la realización de aquella lengua que intentamos conocer: los textos escritos y conservados. Más allá de la obra del azar, los hombres y las instituciones del pasado han conservado aquellos textos que les han sido caros por alguna razón, y éstos son con frecuencia textos ya literarios, ya exponentes, más o menos extremos, de la distancia comunicativa<sup>1</sup>; la desidia y el tiempo, por su parte, han solido dar cuenta de los textos más humildes. Esta situación, además de cierta predilección por los textos literarios, ha hecho que la historia de nuestra lengua –como de tantas otras– se haya construido atendiendo, fundamentalmente, a textos alejados de la inmediatez comunicativa. En los últimos tiempos hemos asistido a numerosos intentos por corregir esta tendencia; aunque en algunos

<sup>1</sup> Sobre el concepto y los parámetros que definen la distancia y la inmediatez comunicativa cf. Koch/Oesterreicher (1990 [2007]): *Lengua hablada en la Romania: español, francés, italiano*, Madrid: Gredos.